

APUNTES

— 24 —

5 de Diciembre de 1935

La muerte del invierno

En un sillón raído está sentado un viejo;
el tabaco encendido, con apacible deajo,
transfórmase en ceniza en su huesosa mano;
há rato que a los labios no lleva aquel habano;
talvez algún recuerdo le llama y le adormece,
talvez en ese instante su espíritu se mece
en una red de ensueños que animan esa historia
de sus mejores años en que buscó la gloria.

¿Duerme, o medita el viejo de faz ennoblecida?
¿Medita en la tristeza de abandonar la vida
y acercarse a la noche, desfalleciente y lerdo?
¿O evoca en la borrosa penumbra del recuerdo,
el alma saturada de extrañas agonías,
expectros de nostalgias, perfume de alegrías...
algún laurel ganado bajo propicia suerte,
o algún lejano idilio que se llevó la muerte?

De pronto aquel silencio solemne se conturba;
de voces infantiles una agorera turba
anima aquel semblante donde el olvido impera,
y dos hermosas niñas de rubia cabellera
penetran en la estancia... y con flexibles lazos
como a la ceiba añeja lo estrechan en sus brazos
y parece el anciano de mejillas rugosas
como un jarrón antiguo coronado de rosas.

JOAQUÍN ROCA.